

T ODO parece indicar que la operación de Israel en el Líbano va mucho más allá de lo que se llama "raid de represalias": es una ofensiva militar larga y estudiada, que puede suponer una implantación en el territorio extranjero y un intento de destrucción de todos los palestinos, militares o civiles. Si se lleva a cabo la propuesta de Estados Unidos —al parecer, favorecida también por la URSS— de sustituir este ejército de ocupación por los "casco azul" de las Naciones Unidas, será cuando ya Israel considere su operación de limpieza suficientemente terminada.

El origen visible de esta guerra disimulada se produjo el 12 de marzo: una guerrilla palestina desembarcó en un punto de la costa de Israel situado a treinta kilómetros de Haifa y setenta de Tel Aviv y comenzaron a matar: una pareja de turistas alemanes, siete ocupantes de un taxi y finalmente el asalto y ocupación de un autobús, luego de otro: una carrera loca por la autopista del Tel Aviv, perseguidos por la Policía, hasta un combate final. Balance, treinta y nueve israelíes y nueve asaltantes muertos (dos guerrilleros se ahogaron antes de desembarcar) y, en el acto, peticiones de venganza bíblica. El ministro de Asuntos Exteriores, Ygal Alon, pedía inmediatamente que se lanzase una "guerra generalizada contra la OLP", pero proponía "tomar medidas juiciosas contra los asesinos, escoger cuidadosamente el lugar y el momento de las acciones israelíes, de manera que no pongamos en peligro las negociaciones de paz". Fue acusado inmediatamente de moderado. Desde fuera comenzaron a llegar ya peticiones a Israel para que no lanzase represalias. El Papa envió un mensaje a Dayan pidiendo que "ese gesto trágico no conduzca a un nuevo ciclo de violencias sangrientas, lo cual elevaría nuevos obstáculos en el camino de una paz justa"; los Estados Unidos, por medio del portavoz del Departamento de Estado, decía que "Israel debe salvaguardar su seguridad, pero no debe añadir más sufrimientos en ningún lugar. Pero la operación estaba ya decidida. El día 15, tres días después del ataque guerrillero, Israel lanzaba su ataque contra el Líbano. Un ejército de al menos veinticinco mil hombres —otros cálculos lo elevan a cuarenta mil—, con ciento cincuenta aviones y apoyo desde el mar, traspasaron las fronteras del Líbano y ocuparon el Sur del país, comenzando la operación que el primer ministro Begin anunciaba con esta frase: "Cortar la mano del mal". En esta ocasión la opinión general de Occidente, que había condenado firmemente el atentado guerrillero, aprueba la acción de Israel (con la



Carros blindados israelíes atraviesan la villa libanesa de Tibini, a diez kilómetros de la frontera.

GUERRA EN EL ORIENTE ARABE

JUAN ALDEBARAN

excepción de Austria: el socialista Bruno Kreisky ha declarado que los palestinos tienen derecho a actuar en lo que ha sido siempre su país, y ello ha causado la expulsión del embajador austríaco en Israel).

No es demasiado fácil creer que estos dos actos de violencia, tan distintos uno del otro —como es distinta la relación de fuerzas entre los palestinos, desperdigados y perseguidos, y los judíos, con un poderoso ejército en pie de guerra— sean fortuitos o puramente temperamentales. Son actos políticos y formas de respuesta a la situación de las negociaciones de paz. Los palestinos se están viendo cada vez más aislados, cada vez más sin apoyo y sin comprensión internacional, sobre todo después de lo que han considerado como la traición de Sadat. Cuando iniciaron su operación sobre Israel, Yasser Arafat venía de Moscú y Menahem Begin se preparaba para ir a Washington. Arafat había ido a Moscú un poco forzado por elementos fuertes de su resistencia: había ido a advertir que no podría contener por más tiempo a los hombres de Al Fatah (el brazo armado de la OLP, mantenido por una idea básica: "La acción política es secundaria; la acción armada es la infraestructura, y la política no es más que la superestructura"), que pretendían llevar a cabo acciones armadas dentro del territorio de Israel. Arafat

pretendía que se encontrara velozmente una forma de compromiso político antes de que ocurriera una desgracia. De Moscú llegó a Beirut diciendo que sus conversaciones habían sido "fructíferas y constructivas". Pero la acción armada estaba ya en marcha. Probablemente no la conocía, pero no por ello la ha desautorizado.

Mientras las gentes de Al Fatah temían que la URSS estuviese conteniendo las soluciones favorables a ellos en la zona, porque no quiere complicar ahora su acción y su política en el "cuerno de África", los israelíes aparecían totalmente inquietos por las presiones de Washington para que aceptasen unas negociaciones que les parecían de antemano frustrantes. Begin estaba temiendo que en sus conversaciones de Washington con Carter, éste exigiese una vez más el abandono o la neutralización de los territorios ocupados. En cualquier caso, Israel se opone a la creación de cualquier forma de Estado palestino en sus fronteras, e incluso a la existencia de zonas palestinas en países limítrofes por razones de seguridad. Toda su argumentación política reposa en este tema de la seguridad: no es la anexión lo que pretende, ni la persecución de los palestinos, sino, simplemente, unas zonas de vacío en torno a su territorio principal. El ministro de Defensa de Israel estaba en los Estados Uni-

dos, precediendo la visita de Begin, preparando el terreno para sostener esta tesis de su país, cuando se produjo el ataque de la guerrilla palestina. Lo utilizó inmediatamente para su argumentación: el ataque era un testimonio desgraciado "del problema de seguridad con el que se enfrenta Israel y anuncia lo que podría suceder si ciertos territorios próximos a Israel estuvieran controlados por la Organización de Liberación de Palestina".

El ataque de Israel contra el Líbano —aunque la declaración de principio excluye al Líbano como objetivo: "Las fuerzas de defensa israelíes no pretenden hacer daño a la población, al Ejército libanés ni a las fuerzas árabes, solamente a los terroristas y sus defensores para salvaguardar la vida de la población israelí"— parece, por su método y su forma de aplicación, un plan previsto desde mucho tiempo antes, que esperaba una ocasión, o una provocación, para desencadenarse. Se trata de destruir todas las bases palestinas —muchas de las llamadas bases son centros de población— y, probablemente, de establecer unos sistemas de seguridad permanente para alejarlas de sus fronteras. Los palestinos están combatiendo. Pero están solos. La larga guerra civil del Líbano les ha dejado sin protectores en el país, y las "milicias cristianas" de Hadad —las famosas falanges, favorables a Is-

rael— están cooperando en los combates con las fuerzas de ocupación de Israel. El propio Haddad les ha manifestado su deseo de que no se retiren "hasta que se marchen definitivamente los palestinos". Las protestas de los países árabes son de distinta energía según su situación actual: Sadat, desde Egipto, se centra en condenar simultáneamente los dos sucesos violentos, Jordania muestra su enfado, mientras que los países "duros" —los del Frente formado en Trípoli para rechazar la acción de Sadat— hacen amenazas de intervención armada: pero, hasta ahora, no hay señal de que las vayan a cumplir. Supondría un estado de guerra generalizada en todo el Oriente árabe, y no parece que la Unión Soviética esté dispuesta a apoyar ahora una acción de este tipo. Assad, de Siria, habría intentado un apoyo real de la Unión Soviética para una acción inmediata en el Líbano, y se le habría negado. En cambio, las fuentes de la OLP dicen que a pesar de sus pesares y lamentaciones, los Estados Unidos apoyan a Israel en este ataque, y tratarán de defenderle cuando haya un debate en el Consejo de Seguridad en las Naciones Unidas.

Las informaciones sobre los combates son contradictorias, como sucede siempre. Mientras desde Israel se anuncia que el avance es un paseo militar, recibido con banderistas —de Israel— por la población civil del Líbano, y que

los palestinos muestran escasa fuerza combativa, éstos anuncian que la resistencia es muy fuerte, que Israel no ha conseguido sus objetivos y que las bajas del Ejército invasor son muy numerosas. Informaciones de aspecto objetivo dicen que los palestinos han evacuado prácticamente el Sur del Líbano y se refugian en el Norte y en las zonas montañosas: su aniquilamiento requeriría una ocupación total del Líbano.

Pero, ¿va a detenerse Israel ante la eventualidad de una ocupación total del Líbano? ¿Van a poderle contener los Estados Unidos, presionados a su vez por la Unión Soviética, que amenaza con ayudar a Siria militarmente para que ésta, a su vez, entre en el Líbano y proteja a los palestinos? Son preguntas sin respuesta. La que parece más clara de las respuestas posibles es la de que Israel no va a retirarse fácilmente de toda la zona Sur —fronteriza— con su territorio, y que difícilmente cederán este "colchón de seguridad" a los soldados de las Naciones Unidas.

Tampoco puede olvidarse totalmente la idea de una guerra generalizada. En este caso, podrían esperarse movimientos de tipo revolucionario en Egipto, en Arabia Saudita y en Jordania: es decir, en los países que están en la órbita de los Estados Unidos y en la línea de la negociación con Israel, aún a costa de los intereses de los palestinos. ■



Una familia libanesa —refugiados en su propio país— huye después del bombardeo israelí sobre el campo de palestinos en Sabra. Al fondo, guerrilleros palestinos en posición defensiva.

